

Iniciados en ¿qué Iglesia? Retos eclesiales y eclesiológicos para hoy

Marie-Jo Thiel¹

Resumen

El futuro de la iniciación cristiana está íntimamente ligado al futuro de la propia Iglesia, en particular en lo que se refiere a la incorporación de catecúmenos y neófitos. En este artículo, la autora destaca algunas de las cuestiones eclesiales y eclesiológicas que hay que tener en cuenta para el futuro de la iniciación cristiana. No se debe permitir a los catecúmenos eludir las disfunciones sistémicas e institucionales que desgarran hoy a la Iglesia, sino “descubrir una Iglesia a la vez santa y pecadora”, una “Iglesia vulnerable”. Señalando la importancia de trabajar en equipo, escuchar con corresponsabilidad y dar un testimonio humilde y alegre.

Palabras clave

Iniciación cristiana, Iglesia, catecúmenos, disfunciones, equipo.

1 Médica y teóloga. Facultad de teología católica de Estrasburgo (Francia).

Los catecúmenos que actualmente llaman a la puerta de la Iglesia no ignoran la crisis que la misma atraviesa. Y, no obstante, si se atreven a dirigirse a ella, es porque siguen llenos de esperanza. Presienten, con más o menos claridad, que la Iglesia es a la vez santa y pecadora, y que es vulnerable. Pero han comenzado también a descubrir al Cristo de los Evangelios y se han dejado seducir por esa figura luminosa de la que, en adelante, quieren saber más, pero sin ingenuidad. Y, sin duda, eso supone una diferencia esencial con relación a los reclutas de hace cincuenta años, cuando se publicó el *Ordo initiationis christianae adultorum*, el *Ritual de Iniciación Cristiana de los Adultos* (RICA)

En esta exposición, avanzaremos según tres etapas. En primer lugar, contemplaremos las disfunciones sistémicas que actualmente desgarran a la Iglesia. Luego examinaremos los retos eclesiales para catecúmenos. Y finalmente, concluiremos observando que la aceptación por la Iglesia de su carácter sinodal puede llegar a ser una fuerza en su camino y un motor para la innovación pastoral y catequística.

1. Las disfunciones sistémicas que hoy desgarran a la Iglesia

Tras la publicación del *Ordo initiationis christianae adultorum*, la Iglesia no solamente ha dado un vuelco hacia un verdadero cambio de civilización (de paradigma) a semejanza de la sociedad, se ha visto también triturada por el clericalismo, la secularización, la dislocación parroquial, por una crisis sistémica de la cual los abusos de poder y las agresiones sexuales son trágicos y escandalosos reveladores, etc.

1.1. ¿Por qué evocar las disfunciones sistémicas que desgarran a la Iglesia?

En primer lugar, por realismo, lucidez y honestidad. Cuando los catecúmenos llaman a la puerta, han observado, leído, oído una multitud “de explicaciones” sin por ello comprender en general cómo se ha podido llegar ahí, cómo algunos agentes de la Iglesia, hombres y mujeres normalmente henchidos de la Buena Nueva del Evangelio de Cristo, han podido abusar de niños, de adultos vulnerables o convertidos en vulnerables...

Hablar de ello no es ni demoler la Iglesia ni desanimar a los catecúmenos. Al contrario, el valor de la verdad y la audacia en tratar estos desafíos es lo que dará el deseo de comprometerse con esta Iglesia. A condición de que sea siempre en nombre del Evangelio como se abordan estas situaciones con el fin de dejar a la Palabra de Dios que nos incite, no solamente en los diagnósticos sino también en los remedios y exigencias – y la CIASE² ha propuesto algunos – con el fin de mejorar progresivamente las estructuras y los funcionamientos.

Una segunda razón exige la prevención y en el discernimiento. No solamente algunos catecúmenos pueden haber sido víctimas de abusos, dentro o fuera de la Iglesia y en consecuencia es importante comprender su traumatismo con el fin de no agravarlo por ignorancia o por una pseudo buena voluntad o también por santurroneñas malsanas. El traumatismo que sigue a las agresiones sexuales es, en efecto con frecuencia, muy profundo, con flash-backs, momentos de pánico, de bloqueo, y dura toda la vida...

Pero prevención significa también la necesidad de saber detectar en el equipo de acompañantes a personas potencialmente depredadoras: con frecuencia son muy afables, pero sus rasgos narcisistas, inmaduros, con un sentimiento de identidad poco seguro, intentando seducir, ser los mejores, para ser admirados, todo ello debe llamar la atención y la prudencia, e incluso eventualmente verificar antecedentes judiciales si la persona no es conocida. Tal ha sido ya el caso en algunas diócesis. Se trata aquí de detectar personas con tendencia al dominio y/o afectados por un clericalismo deletéreo. Por consiguiente, una regla elemental de vigilancia será también evitar a un acompañante aislado.

Finalmente, todavía puede presentarse otro problema, asociado a determinadas normas de la Iglesia: por ejemplo, su ética sexual.

2 El informe de la CIASE, Comisión independiente sobre los abusos sexuales en la Iglesia.

1.2. Las disfunciones institucionales

Lo que actualmente llamamos “crisis de los abusos” no se resume en algunas agresiones sexuales puntuales, por más dolorosas que sean y que en sí han existido siempre, sin duda desde los albores de la humanidad. Esas transgresiones no son más que los indicadores de disfunciones sistémicas de la institución Iglesia que han ido tomando posición progresivamente desde la reforma gregoriana y el Concilio de Trento y que no solamente han facilitado sino incubado la pedo-criminalidad, y con mayor amplitud los abusos sexuales, avasallando y maltratando a numerosos niños y adultos vulnerables, abusando de su poder sacramental, espiritual y pastoral para presionarlos, intentando hacer intrusión en las conciencias, forzando a muchachas o mujeres que quedaron embarazadas como consecuencia de sus violaciones, a abortar, etc.

La gravedad y lo trágico de la situación actual dependen pues no solamente de los actos pedo-criminales individuales, que se trata siempre de condenar, sino también de causas institucionales, teológicas, ministeriales, estructurales, espirituales, dogmáticas, pastorales, etc., causas que han creado o reforzado los abusos en sus diferentes formas, no sumándose a ellos, sino potenciándose recíprocamente a conveniencia debido a la naturaleza sistémica de la organización Iglesia Católica. Así pues, los retos son de importancia. Y la terminología de lo “sistémico” que utiliza también la CIASE es esencial para comprender los desafíos complejos de la crisis de los abusos y la dificultad de reformar aquello que debe serlo.

Todo ello conduce a salir de la sola imputación jurídica personal de un autor de violencias sexuales, y a “interrogarse sobre los rasgos colectivos y los modos de funcionamiento que han significado una carga y a veces impedido la revelación, la prevención y el trato pertinente por la institución de las agresiones sexuales” (Informe de la CIASE, 400).

A falta de poder entrar en detalles, menciono algunos lugares interrelacionados, interdependientes...

- Los factores eclesiológicos, la acumulación de los poderes de la Iglesia y en la iglesia, la gobernanza, la ausencia de una “cultura de contra-poderes”; el mínimo lugar acordado a los laicos y principalmente a las mujeres, la cultura del secreto y del silencio.
- La imagen del sacerdote, su apartamiento sacralizado, la exigencia de celibato “erigido en calidad sobrehumana” (CIASE, 323)
- El clericalismo, las disrelaciones entre clérigos y laicos, la doble disimetría de las mujeres y su relegación en funciones pastorales subalternas.
- Los factores teológicos y bíblicos no favorecen como tales los abusos, pero el autor de las agresiones se justifica desviándolos a su servicio, lo que se llama distorsiones cognitivas.
- A lo cual se añade el autoritarismo dogmático, en particular en el campo de la sexualidad, de la ética sexual y familiar.
- El autoritarismo pastoral de ciertos líderes clericales o de obispos que deciden ellos solos, sin tener que rendir cuentas.

La socióloga Céline Béraud señala también la coacción de tres grandes desafíos eclesiales que agravan esta crisis de los abusos: la presión demográfica con agotamiento de las vocaciones, la imposición democrática pues las grandes transformaciones sociales de los años 60-70 hacen emerger en la Iglesia una aspiración a este ideal estatal; la exigencia eclesiológica: El Vaticano II aportó transformaciones positivas (liturgia, métodos sinodales...) pero no suprimió el poder sacerdotal y las innovaciones organizativas puestas en práctica demostraron ser más un “bricolaje”, según la socióloga, que una reforma de la institución. De hecho, el modelo parroquial está, qué duda cabe, caducado. Pero entonces, ¿qué proponer a los catecúmenos que acuden a llamar a la puerta de la Iglesia? ¿Qué modelo comunitario se les puede proponer?

2. Los desafíos eclesiales para los catecúmenos

Todo el asunto consiste en permitirles descubrir una Iglesia a la vez santa y pecadora, sin ingenuidad y sin envilecimientos suplementarios, ofreciéndoles la posibilidad de desempeñar un papel activo dentro de la comunidad creyente. El equipo de acompañamiento de los catecúmenos y la elección de las personas que lo componen resultan esenciales con el fin de no caer en el clericalismo, de estar

vigilantes en cuanto a las desviaciones autoritarias o de influencia y de encarnar humildemente los valores del Evangelio en lo cotidiano.

2.1. Una Iglesia santa y pecadora

Afirmar que la Iglesia es santa, es asociarla al Dios santo y eso no significa que ella sea sagrada y/o que sus ministros sean sagrados, es decir intocables, separados de los laicos por una supuesta perfección y superioridad... La confusión entre santidad y sagrado, con una sacralidad excesiva aplicada sobre el sacerdote, ha causado estragos. La santidad no significa tampoco que la Iglesia esté exenta del pecado a la vez a través de sus fieles, pero también globalmente, Únicamente asumiendo esto, recuerda Karl Rahner, es como la Iglesia puede ser renovada y purificada.

Esta doble representación es esencial para los catecúmenos pues se la encuentran en su existencia también ella santa y pecadora, y les permite desear pertenecer a esta Iglesia capaz de reconocer sus errores y sus faltas, sus escándalos y sus disfunciones, aunque permaneciendo siempre la Iglesia de Cristo.

El trabajo sobre las representaciones y las creencias es esencial pues se trata de pasos obligados para acoger lo real y seguir hacia adelante. Con ellas, uno no se sitúa en el registro de lo justo o de lo falso, sino en una forma de conocimiento en el que los datos están representados, es decir hechos presentes bajo la forma de un mundo habitable, deseable o no. Todo ello puede facilitar la actuación o entorpecerla. Liturgia y sacramentos son también representaciones de Dios, de su presencia, de las relaciones entre los creyentes, escenificaciones del poder en la Iglesia, del lugar disimétrico entre laicos y sacerdotes, hombres y mujeres, aceptables o no... Importa pues permitir a cada uno, catecúmenos y también acompañante, ejercer siempre una vigilancia sobre sus representaciones y creencias.

2.2. Una Iglesia vulnerable

Si cada ser humano es vulnerable, constitutivamente, la Iglesia también es vulnerable, siguiendo el ejemplo de su Señor a través de su

encarnación. Esta vulnerabilidad no por ello está marcada únicamente por una imagen negativa como lo está con frecuencia entre el público. Es primeramente esa porosidad ontológica infranqueable lo que permite entrar en relación. Los catecúmenos han hecho su experiencia dejándose poseer por Cristo. Lo viven cotidianamente dejándose afectar por el otro, escuchándolo auténticamente, dando(se), mostrándose compasivo. Evocar la Iglesia vulnerable significa que la misma no es una fortaleza todopoderosa, sino, como lo ha señalado el Papa Francisco, un hospital de campaña con sus ventajas y sus límites, susceptible de favorecer una humildad acogedora de todos.

No obstante, algunos pueden querer aprovechar con mala intención de esta permeabilidad que los avatares de la existencia pueden incrementar. La crisis de los abusos ha demostrado hasta qué punto los depredadores pueden, como si tuviesen un sexto sentido, sentir la vulnerabilidad del otro y sobre todo esa vulnerabilidad adquirida a raíz de la historia personal, de abusos anteriores, o en razón de la disponibilidad para con Dios, de una apertura confiada hacia el otro pero de la cual el autor de violencias sexuales se sirve para entrar indebidamente en la conciencia, para coaccionar, agredir, violar... Numerosas jóvenes religiosas en formación o seminaristas han sido así víctimas de diversos abusos. Ahora bien, los catecúmenos por su entusiasmo de recién convertidos conocen una situación similar: viven la experiencia de una vulnerabilidad que abre de par en par su corazón a Dios, favoreciendo una maravillosa maduración espiritual y humana, a condición de que ningún depredador haga irrupción en ella... pues hacer confianza y confiarse es conceder una vulnerabilidad suplementaria para lo mejor de su vida espiritual pero también para lo peor en caso de abuso de poder, de conciencia, de abuso espiritual incluso de agresión sexual. Por eso el lugar del equipo es esencial.

2.3. Trabajo de equipo

La noción de equipo no se debe idealizar, pero sigue siendo esencial a la vez para los catecúmenos y para los miembros del grupo de acompañamiento. Para los primeros, porque así pueden beneficiarse de una real alteridad en la variedad de los testigos con quienes

se encuentran, hombres y mujeres, laicos y sacerdotes. Para los segundos, porque el equipo permite ayudarse mutuamente, apoyarse unos en otros porque cada uno es frágil, y puede dudar en ciertos momentos del cristianismo que se ha vuelto insignificante para muchos contemporáneos. Conviene, no obstante, dar muestra de prudencia en la elección de sus miembros.

La cohesión del equipo permite a cada uno individualmente y al grupo colectivamente, verificar su postura, con relación con la autoridad, con el poder, con la verticalidad. La pluralidad del equipo debe permitir dialogar sobre la igualdad bautismal de los creyentes con carismas diversos. Para un sacerdote, eso puede significar lamentar la muerte de ciertas formas de ejercicio del poder que él encarna en razón de su posición jerárquica y ministerial. Esta renuncia, ni fácil ni evidente para algunos, es no obstante necesaria y potencialmente fructífera.

La noción de equipo invita, finalmente, a no dejarse encerrar en lo solamente emocional, a examinar su manera de vivir el traspaso y el contra-traspaso, a encontrar la justa distancia que no se descubre más que a tientas, en una dialéctica de apego y de separación. De ahí la importancia de la escucha y de la corresponsabilidad.

2.4. Privilegiar la escucha en la corresponsabilidad

Todo acompañamiento privilegia la escucha, la atención al otro, y no solamente la enseñanza desde lo alto de la cátedra de una pretendida autoridad. El itinerario del catecúmeno es primeramente obra del Espíritu Santo que precede a todo acompañador en el corazón de todo ser humano. Y escuchar la historia de un/a catecúmeno es antes que nada ver a Dios encarnándose en ese otro, a través de los acontecimientos de su vida, sus alegrías, sus sufrimientos, sus traumatismos, sus descubrimientos... Es ser consciente del suelo sobre el que se apoya la relación de acompañamiento.

Pues sin suelo, nada es posible. Es hacer alianza con un igual para una corresponsabilidad, y no con un inferior al que se querría enseñar porque se poseyera un poder. Esta postura es lo contrario de

la de un abusador quien, sabe que detenta la verdad, impone su discurso y sus exigencias. Finalmente, escuchar, es optar por una actitud sencillamente sinodal: “aprender el uno del otro” como lo escribe el documento preparatorio (DP).

2.5. Privilegiar el testimonio humilde y gozoso

Todo educador sabe que la enseñanza no se realiza en línea directa, y que la misma no depende inmediatamente de nuestra voluntad. Tan solo la fe vivida humildemente en el día a día es susceptible de convertirse en “signo”, de ser “signo” del encuentro con Cristo que se presenta primeramente en la manera de vivir en relación con el otro, asumiendo su vulnerabilidad.

El Papa Francisco lo ha vulgarizado en su catequesis: “Transmitir la fe, no es decir cosas ‘blablabla’: no. Es contar la experiencia de la fe” sin propaganda...

Pues la palabra testimonio puede ser también fuente de malentendidos. Por ejemplo, para ser testigo del Evangelio, ¿es suficiente decir “Jesús está vivo, ha resucitado”, reunirse puntualmente para cantar y bailar? ¿Hacer flash-mobs distribuyendo octavillas con “Amo a Jesús”? ¿Quedarse callado privilegiando la ocultación como lugar de testimonio? De hecho, se trata menos de probar algo que de ser testimonio de Cristo actuando en uno mismo, consintiendo en (dejarse) deshacer de las pretensiones narcisistas del yo como si yo fuera el centro del mundo y/o poseyera a Dios. Una tarea nunca acabada.

Al hacerlo, se cultiva también la alegría inherente al hecho de ser discípulo de Cristo, de ser cristianos, “alter Christus” pues este dominio vale bien para todos los bautizados. Y la alegría es entonces tanto una gracia como el alimento para el camino.

2.6. Anuncio del Evangelio, ante todo

La Iglesia, a través de su pretensión de universalidad y de un centralismo romano excesivo, se ha visto reducida a un cristianismo religioso, que se resume en dogmas a ser creídos, normas a seguir...

Ahora bien, de lo que habla Jesús, es de una buena noticia para cada uno, de una fe que es ante todo con-fianza (fe-con). Y seguirá quedando otro desafío: el de encontrar un lenguaje accesible a nuestros contemporáneos.

3. Iniciados en una Iglesia bautismal y sinodal

Avanzar hacia el bautismo, es caminar juntos, guiados por el Espíritu de Dios, con el fin de ser revestidos por su vida nueva y constituir un pueblo de hermanos y hermanas, *adelphotès*, según la denominación de los cristianos en los primeros tiempos de la Iglesia. Pablo lo señaló magníficamente subrayando la igualdad bautismal primera para todos los creyentes: “Los que habéis sido bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo. Ya no hay judío, ni griego; ya no existe esclavo, ni hombre libre; no hay hombre ni mujer; pues todos vosotros no sois más que uno en Cristo Jesús” (Ga 3, 27-28).

Pueblo de bautizados, poseedor del *sensus fidei/fidelium*, la Iglesia no se basa ni sobre la perfección de algunos, ni sobre los ministerios clericales, ni sobre la jerarquía, descansa sobre el “caminar juntos” sinodal, de hombres y de mujeres todos iguales por su bautismo. Y esta postura es esencial, no solamente para luchar contra los abusos de poder y algunas disfunciones eclesiales, sino también para construir ahora y siempre la Iglesia de Cristo, que es, como subraya fuertemente el Papa Francisco, “toda entera sinodal”, lo que el sínodo en curso sobre la sinodalidad define con tres palabras clave: comunión, participación y misión.

Así pues, es también un momento común de aprendizaje entre todos los bautizados que debe convertirse en un modo de funcionamiento permanente, e incluso un modo de existencia en la Iglesia. El objetivo es una transformación relacional a través de esta experiencia sinodal: un descentramiento de las instancias de poder donde quiera que se encuentren para:

Experimentar modos de ejercer la responsabilidad compartida al servicio del anuncio del Evangelio y del compromiso para construir un mundo más hermoso y más habitable, (DP 2).

De este modo, el proceso sinodal es una forma de *Learning by doing*: aprender la Iglesia haciéndola juntos, con funciones diversificadas, pero preservando la igualdad bautismal fundamental y comprometiéndose en la evaluación y la aplicación de las transformaciones que resulten necesarias.

Frecuentemente, estos últimos años, algunos responsables de la Iglesia se han regodeado con las solicitudes catecumenales, como si ellas fueran a resolver la secularización ambiente y la falta de vocaciones contribuyendo a forjar en su cabeza, y contando con ellos, una representación muy negativa de la Iglesia. Ahora bien, al no clarificar esta imagen, se llegaba con frecuencia a una formación digamos “lisonjera” de los catecúmenos; se los mimaba, se los sobreprotegía en un falso cascarón, se los acunaba para adormecer las cuestiones molestas... ¿Cómo entender de otra manera su desaparición de la Iglesia tan solo algunos meses después de su bautismo? ¿No será el retorno brutal de lo real y de lo cotidiano en el que súbitamente se trata de aterrizar de nuevo, y por añadidura en la soledad, y quizás también en la decepción pues la Iglesia que ahora se les presenta no es aquella que ellos creían haber percibido durante su recorrido personal?

4. Conclusión

Cuando uno se ha visto impactado por Cristo, cuando se ha dejado seducir, herir, amar por él, cuando se lo ha dejado entrar por todos los poros de su vulnerabilidad existencial, la vida entera ha sido y continúa siendo conmocionada, transformada, exaltada. Sucede pues con frecuencia que alguien llame con entusiasmo a la puerta de la Iglesia para iniciar un camino hacia el bautismo. Esta fogosidad, esta ebriedad parece abrir caminos totalmente nuevos, y a menudo, da al solicitante el sentimiento de que todo es posible, incluso que nada se le resiste, que iría hasta el fin del mundo. Y si felizmente, la mayoría de los hombres y mujeres sólidos acogen esta nueva llamada, es necesario también reconocer que algunos depredadores sienten esa vulnerabilidad acrecentada para ejercer una influencia que puede ser deletérea. Lo cual recuerda la exigencia absoluta de la prevención y en consecuencia de la reforma de las disfunciones institucionales, y la conversión de los corazones a la cual el proceso sinodal en proceso debería ayudar.